

U D E A .

(AMALAUDUNA)

Euri eta ekachai, darraikoez atzean,
 Egualdi on eta uda chito ederra,
 Eguzkiak, ziargiz mendiaren gañean,
 Dabela erakusten goiŕetik urteiera;
 Len baño gaur dakusguz doiazala bidean,
 Goiŕago nekazari piñak euren lanera,
 Naiz Eguzki begitan ibilli bearrean
 Euren saillari zintzo gozoz esetsitera.
 Nekeak artu arren, zerreñ dauken ustea,
 Denporea eldurik biltzeko laborea,
 Artoak, babak eta baña lenen gariak,
 ¡O zeñ gozoa jaken euren esperantzea!
 Alan pozik daroez lor eta izerdiak,
 Gorputz urratze eta arrastaka guztiak.

FELIPE ARRESE ETA BEITIA.

LAS TRES EMINENCIAS DEL PAÍS.

Colocado entre el mar y las áridas llanuras de Castilla, con la vida y animacion delante, la soledad del vacío detrás, desde mi elevado puesto distingo por un lado al trabajador bascongado sudando para obtener sus míseros productos; por el otro al castellano arrojando con mano pródiga la semilla, cual serrin en un café; pero el primero con su esfuerzo y el segundo con su feraz tierra, ambos son pobres, como españoles.

Veo diminutos puntos, que á veces humean, flotando sobre el mar; puntos que me hacen recordar al pobre emigrado basco; y en la faja indefinible de la llanura, en el horizonte, á mis espaldas, aperci-ba el vaho que produce lo que va de nuestras montañas al gran sumi-

dero central de la Península, todo un excelente régimen administrativo.

Mi cabeza, casi perpétuamente blanca con la nieve, está envuelta á menudo en espesa nube acuosa que me impide las más de las veces formarme juicio de los desaciertos de mi país, que ya se lamenta del dolor de sus abiertas heridas.

Cubre mi cuerpo pelo rocoso tachonado de musgo, hayas cortas y otros arbustos; rodea mi talle estrecho cinturón férreo que recorre diariamente el mensajero de la civilización, la locomotora; las uñas de mi mano izquierda arañan la alavesa tierra, y cosquillean la vecina Navarra los dedos de la derecha; y piés y piernas húndense en los pintorescos valles de Guipúzcoa. Los ojos me ligan á nuestra hermana Vizcaya, porque no separo la vista de ella.

Lloro con frecuencia las desdichas de mi suelo, y este lloro inunda pueblos y campiñas; ¡por eso llueve aquí tanto!

Pero siempre sin movimiento, hasta la consumación de los siglos, ¿cuántos sucesos me quedan que presenciar desde mi alto observatorio?

Me veneran como á eminentísimo rey de los montes guipuzcoanos. Soy Aitzgorri.



Primero por legiones, luego centurias, más tarde décadas y por último uno á uno, pues no permitía el terreno otra cosa, subían por estrecha senda, desde la costa donde habían desembarcado, aquellos hombres de casco dorado, brillante túnica, corta espada, lanza, onda, sandalias y brazos desnudos.

Yo era el firme baluarte escogido por los bascones para su defensa; en mí se habían refugiado los valiente cántabros ansiosos de pelea, y sobre mis hombros, estratégica y central posición de la comarca, esperaban los bascos vencer á su poderoso enemigo ó quedar para siempre esclavos del imperio romano.

Mi cuerpo recibió el espantoso choque de millares de seres que allí se encontraron, volaban saetas, piedras y lanzas agujereándome por todas partes, y cual fruta desgajada del árbol, así aquellos infelices romanos iban cayendo á la profundidad de mis piés, horrible pozo de mil metros de fondo. Huyeron los que milagrosamente pu-

dieron salvarse, y la trompa del cántabro resonó con alegría en las anfractuosidades, mis vecinas, anunciando la victoria y la libertad ya nunca más perdida.

Desde entónces corona mi cabeza el signo de la Redencion, una cruz de piedra, y hoy en la dulce tranquilidad del pacifico trascurso de los años duermo sobre mis laureles, mejor dicho, sobre el tejo, planta que abunda en mi adorno.

Situado yo en el centro mismo de este ideal país, separando las cuencas del Oria y Urola, domino toda la provincia cual si se hallase bajo la cúpula de colosal monumento.

Supongo que me habreis conocido; me llamo Hernio.



Las ciencias astronómicas no habian tropezado aún con el invento de la brújula, y los pobres navegantes del Cantábrico á quienes su triste profesion obligaba á exponer la vida en los azares del mar, me divisaban de léjos, y serviales yo de guía y norte para sus recaladas.

¡Cuántas veces y de cuántos corazones habrá salido el grito de ¡¡pátria!! al distinguir desde la embarcacion mi afilada silueta!

Mi vieja carcasa de piedra sostenida con las venas de hierro que circulan por mis entrañas es de penosisimo acceso para el hombre, y en ella únicamente anidan buitres y águilas.

La humanidad ha ideado con sus minas medio de extraerme el jugo vital, dejándome enteco y sin vegetacion.

Pero mi vista alcanza la civilizada tierra francesa hasta penetrar en sus recónditas landas; la costa Cantábrica hasta el Machichaco; veo mi compañero Aitzgorri, limite del país basco montuoso, y la cadena del Pirineo, hácia los confines de Canfranc y Jaca. Centinela perenne de España, observo los adelantos modernos de Europa y baño mis piés en un rio que es origen de dos naciones.

Soy el primer nudo de las montañas de la cordillera pirenaica que, al separar dos pueblos, separa tambien los mares Océano y Mediterráneo.

Si la civilizacion no admite fronteras, la diplomacia requiere fuertes posiciones para apoyar sus argumentos; por eso estoy aquí.

Preguntad al marino ó al pastor, al carabinero ó al contrabandista quién soy yo. Os dirá: la peña de Aya.

ALFREDO DE LAFFITTE.

